

NIEVE Y CIENO – Novela del Canónigo-Magistral de la Catedral de GUADIX - BAZA
Rvdº Sr. Don JOSÉ JOAQUÍN DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ
Premiada en el año 1902 por el ATENEO DE SEVILLA

NIEVE Y CIENO

JOSÉ JOAQUÍN DOMÍNGUEZ, Presbítero

NIEVE Y CIENO – Novela del Canónigo-Magistral de la Catedral de GUADIX - BAZA
Rvdº Sr. Don JOSÉ JOAQUÍN DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ
Premiada en el año 1902 por el ATENEO DE SEVILLA

JOSÉ JOAQUÍN DOMÍNGUEZ, Presbítero

NIEVE Y CIENO

Novela premiada en el año 1902,
por el Ateneo y Sociedad de Excursiones
de Sevilla

Edición Facsímil

Ayuntamiento de Sevilla

2003

Apoyar la tarea cultural del **Ateneo**, y más en estas fechas navideñas en que la institución se abre totalmente a la ciudad, es una tarea gratamente asumida cada año. Poco apoco va creciendo la colección de ediciones de pequeñas joyas bibliográficas, y que viene a recordarnos la profundidad y extensión de su historia cultural. Hace poco pudimos tener una imagen aproximada de este vasto legado en el recientemente publicado **Diccionario de los Ateneístas**.

En este caso, la **Imprenta Municipal** ha reeditado una novela corta, un relato casi con más de un siglo de antigüedad, y que fue elogiado por gente de la talla de **Juan Varela** y **Luis Montoto**, Su autor, **José Joaquín Domínguez**, transmite desde estos párrafos costumbristas un mensaje social en contra del régimen caciquil, en pleno apogeo en aquella época. Al premiarlo, bien se veía ya, cómo en el **Ateneo** de la época alumbraban muchas de las inquietudes que hicieron de la **Docta Casa**, uno de los referentes en la gestación de los ideales democráticos y de justicia social en nuestra ciudad en las primeras décadas del siglo XX.

Disfruten con esta pequeña obra que hoy ponemos en sus manos y que no será, sin duda, la última de esta colección.

Alfredo Sánchez Monteseirín

ALCALDE DE SEVILLA

En el convenio **espiritual** y no escrito, pero que tan bien funciona, que tenemos con D. **Alfredo Sánchez Monteseirín, Baltasar 85** de nuestra **Cabalgata de Reyes**, para que la **Alcaldía** regale cada año a los sevillanos pequeñas joyas de la biblioteca del **Ateneo** con ocasión de nuestros actos culturales más solemnes, le toca ahora el turno a **Nieve y Cieno**, preciosa novelita con la que el canónigo de la **Santa Iglesia Catedral de Guadix José Joaquín Domínguez Rodríguez**, ganó en el propio **Ateneo** el concurso literario convocado en los **Juegos Florales de 1902**.

Merecía la pena decir algo de autor, que a muchos nos resultaba desconocido. Deseoso, por ello, de conocer datos, ante la falta de antecedentes en el **Ateneo**, he podido contactar a través del **Deán de la Catedral de Guadix** con el culto y erudito accitano D. **Manuel García Vega**, a cuya generosa cooperación debo la información que les expongo.

José Joaquín Domínguez Rodríguez es una de las principales referencias culturales de la bella ciudad granadina, en la que tiene dedicados monumento y calle e incluso un opúsculo anual dirigido a enaltecer su memoria, del que actualmente el Sr. **García Vega** es director y que precisamente toma su nombre, **-Nieve y Cieno-**, del de la propia novela. En los opúsculos se han ido ofreciendo, a lo largo de muchos años. Completas noticias sobre **José Joaquín Domínguez** y sobre su novela.

Joaquín Valverde, en un artículo titulado **-Un Magistral Magistral-** nos informa de que nació en Almería en 1864, que fue excelente estudiante, que ya, antes de terminar Teología, fue profesor de Filosofía en el **Seminario** y de Oratoria, pues **su verbo era cálido, expresivo, iluminado, brillantísimo y sabio**. Opositó a una canonjía de la **Catedral de Guadix**, y desde 1890 ejerció como **Magistral** hasta su fallecimiento, a causa de una angina de pecho, el 2 de enero de 1916. Con independencia de sus obligaciones catedralicias y religiosas, rigurosamente cumplidas, fue hombre de versos, de teatro y de comedias, apasionado de la guitarra y de la pintura, con gran sentido del humor...

Agustín Serrano de Haro informa en otro artículo **-La razón de un nombre-** que el **Magistral** escribió **Nieve y Cieno** para un concurso convocado en la revista **Blanco y Negro**, que no se lo premiaron y que el autor, dolorido, guardó bajo siete sellos el original. Al poco tiempo abre semejante concurso el Ateneo de Sevilla y **los amigos del Magistral deseosos de justa reparación lo obligan a que envíe Nieve y Cieno**, Presidía el Jurado **D. Francisco Rodríguez Marín**, que se prendó de la obra apenas le echó los ojos encima...

Relata también **Serrano de Haro** de **D. Torcuato Luca de Tena** estuvo en Sevilla en el momento de la entrega del premio y le oyó leer al autor un capítulo de la novela, por lo que se apresuró a interponer la influencia de **Rodríguez Marín** para que el Magistral le permitiese publicarlo en **Blanco y Negro**, a lo que el Magistral, apoyado por el propio **Rodríguez Marín**, se negó.

Rafael Carrasco, informa en otro número de los opúsculos que **D. Juan Valera**, el eximio autor de **-Pepita Jiménez-**, dedicó en uno de sus tomos de estudios críticos unas páginas a **-Nieve y Cieno-**. Si bien para **Valera** no era lícito hablar de tesis en **Nieve y Cieno** el asunto está primorosamente contado, con rara y castiza elegancia de estilo, con espontánea naturalidad y con tal viveza y tal riqueza de colorido, que acreditan de excelente e inspirado escrito a quien lo hace, demostrando, además, que pinta lo que ha visto, que lo toma del natural... bien puede asegurarse que el **Sr. D. José Joaquín Domínguez** escribe con muy castiza elegancia y delicado gusto y deja conocer, sin afectación, y sin oportunos alardes, que ha estudiado bien a nuestros clásicos y a los de la docta antigüedad griega y romana.

Aquí está, pues, de nuevo, con mayor tirada que a principios del siglo XX, esta preciosa novela, que también **Luis Montoto** calificó en aquella ocasión de **joya de la literatura moderna, con ecos de El Niño de la Bola**, y que constituye, además –ya lo verán-, todo un alegato contra el caciquismo imperante en la época.

Nuestra gratitud a D. **Alfredo Sánchez Monteseirín** por su permanente generosidad con el **Ateneo** y, como en las demás ocasiones, a D. **Mauricio Domínguez y Domínguez-Adame** por su inestimable colaboración para la impresión de la obra. En este caso particular también la expresamos a D. **Manuel García Vega** por su valiosa información y ayuda. Estamos seguros de que la reedición de **Nieve y Cieno** será acogida con particular júbilo en Guadix.

El **Ateneo de Sevilla** se siente orgulloso de poder favorecer, una vez más, el acercamiento cultura de los andaluces. Para eso nació el **Ateneo** y así debe mantenerse; al servicio de Sevilla y de toda Andalucía.

Enrique Barrero González
PRESIDENTE DEL ATENEO

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO – Novela del Canónigo-Magistral de la Catedral de GUADIX - BAZA
Rvdº Sr. Don JOSÉ JOAQUÍN DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ
Premiada en el año 1902 por el ATENEO DE SEVILLA

NIEVE Y CIENO

NIEVE Y CIENO – Novela del Canónigo-Magistral de la Catedral de GUADIX - BAZA
Rvdº Sr. Don JOSÉ JOAQUÍN DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ
Premiada en el año 1902 por el ATENEO DE SEVILLA

NIEVE Y CIENO

NOVELA ORIGINAL

DE

D. José Joaquín Domínguez, Presbítero

CANÓNIGO MAGISTRAL DE GUADIX

Premiada en los Juegos Florales
y Certamen científico, literario y artístico
del

Ateneo y Sociedad de Excursiones
de Sevilla

Ilustraciones de BILBAO, PARLADÉ,
SÁNCHEZ PERRIER Y TIRADO

BARCELONA

Estampa de HISPANIA, de Hermenegildo Miralles
1902

NIEVE Y CIENO – Novela del Canónigo-Magistral de la Catedral de GUADIX - BAZA
Rvdº Sr. Don JOSÉ JOAQUÍN DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ
Premiada en el año 1902 por el ATENEO DE SEVILLA

Tema 12

UNA NOVELA CORTA

PREMIO

Cuatrocientos ejemplares de la obra premiada, cuya edición ilustrarán algunos señores socios de la Sección de Bellas Artes del Ateneo

El jurado, por voto unánime, propuso para el premio
La novela intitulada NIEVE Y CIENO

NIEVE Y CIENO

I

IBERUELA, como casi todos los pueblos que se recuestan en las faldas de **Sierra Nevada**, parece una palomita muy blanca sobre un nido muy verde. A su entrada está la Iglesia, de alta y graciosa torre y compás bien soleado. Las calles, que no pasan tres docenas, tortuosas y corcovadas. Tal cual ruina moruna con muchos zarcillos de hiedra; aguas regaladísimas; plétora de oxígeno en los aires... y pare usted de contar.

Es la vida de aquel pueblo principalmente agrícola; y, dejados aparte los cuantiosos bienes que, al comenzar los hechos de nuestra narración, tenía ya la primera autoridad local, y la limpia fortuna heredada por don **Juan Clímaco**, Osuna de la villa en el riñón, labrador mediano en el pergeño, hallábase la propiedad regularmente repartida, y, quién más, quién menos, todos tenían su pejugal donde verter santos sudores y proporcionarse el pan de cada día. Fuera de la fábrica del belga, antiguo convento de los Jerónimos, destinado hoy a hilandería de seda, de cuyos preciosos capullos es muy abundante toda la comarca, no se encontraba vivienda donde faltase apero de labranza, copioso ó reducido.

Hasta el anciano cura, que era don **Serafín** sin dín, y a quién sus virtudes, amén de la sutileza de sus carnes, podían ahorrar el don, tenía sus recreos de horticultor en un huertecillo que había en la casa rectoral; y allí, ayudado del hijo único de su difunta hermana, joven, inteligente, enjuto y agraciado, que con él vivía pelándose las cejas con los libros, se empleaba en la suave labor de escarda, podas e injertos, con lo cual descansaba de los graves trabajos que le traía la agricultura espiritual. Más, aunque el bueno del Pastor se regalaba los ojos con aquella gloria de frutas y flores de su huerto, tal como si todas ellas hubieran nacido por su exclusivo cuidado y diligencia sin otra intervención que la del cielo, no eran pocas, se hemos de dar a cada uno lo suyo, la varas del rosal que andaban allí dando testimonio de la experta mano del vecino de enfrente, el señor **Manuel Hidalgo**, propietario y labrador de unas tierrecillas cortas, que para sus menesteres venían justas, y quien, por simpatías de carácter, y aún de años, a juzgar por los surcos de su consumido rostro y por una gloriosa cicatriz que en su frente perpetuaba la memoria de la toma de Tetuán, era *alter ego* de don **Serafín**, como también del fornido, canoso y coloradote don **Juan Clímaco**, por indisoluble y nunca interrumpida concomitancia.

¡Vaya por los tres hombrazos de bien, y cómo se miraba el pueblo en aquellos vivos espejos de laboriosidad y a la buena de **Dios!**...

En suma: todos cuidaban allí de la hacienda con ahinco. El hierro de aquellas nobles azadas no se comía del orín; y si es polilla de los pueblos la torpe haraganería, en la sangre de aquellos naturales había enérgica pimienta, preservativa del vergonzoso y gusaniento daño.

Hubo una menguada excepción. Cuando **Antolín Carrejo** logró dar el salto de la miseria a la abundancia, naciendo de la noche política a la venturosa mañana de la situación, alzó para siempre la mano del trabajo regenerador, del cual nunca fue solícito, y entonces acaeció aquello de levantar nuestro alcalde en un santiamén, por arte de birlibirloque, la mejor casa de la villa, con sus dos andanas de balcones, puerta de dos hojas en arco escarzano, umbral del mármol serpentino, y toda ella pintorreada de almagra y ocre, en señal de una pasión, que no sentía **Carrejo** tanto así, por la bandera nacional, cuya sombra bendita. Que aún nos alegra las pajarillas, vióse obligada a premiar aquellas cancamusa... ¡Quizás a estas horas siga protegiendo a **Carrejo** la sin ventura..., que anda sentida y recelosa, como novia chequeada!

A la huella del vendehúmos de **Antolín** tomó el camino su hijo, el rojo y achaparrado **Lucas**, y entrambos acordaron no ocuparse ya sino en descorchar la colmena en la casa del pueblo, comiéndose, a la chitacallando, el corazón de los vecinos.

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO

II

Tiene dos cosas **Iberuela**, que no las tiene semejantes ningún otro pueblo de la comarca: el nacimiento del día y la nieta del señor **Manuel Hidalgo**. Maravillas como éstas, ni soñadas. Mirad la *corredera*.

Allá por el Oriente, vese una montaña que confronta por unos de sus flancos, de corte vertical y profundo, con un tajo oblicuo, que esconde detrás de ella la cabeza, dejando al descubierto el arranque. Una meseta poblada de encinas, que hay delante de ambas montañas, sesga por la base sus dos líneas fronteras; y vese en el fondo de aquellas masas obscuras un triángulo escaleno azul, lo más fantástico que se puede imaginar. Y cuando asoma el sol la mitad de su farola de diamantes, y la va gravemente elevando por el flanco vertical de tan extraña *geometría orográfica*, despeñándose por aquellos riscos y escarpaduras, en chorros de oro fundido, la luz del día...

Y tenéis el sol en la boca del túnel, y la aurora en cresta de la montaña.

.....

Justamente a esa hora plácida y virginal en que el sol atisba por aquel agujero, y la aurora sonríe en aquella cumbre, abrióse una mañana de Agosto la ventana del señor **Manuel Hidalgo**, y en ella apareció la otra maravilla del pueblo: **Esperanza**.

Salía a regar sus macetas de claveles, y quedóse con la jarra de luciente arcilla en suspenso, los hermosos ojos despidiendo rayos de alegría, la boca entreabierta mostrando sus joyelas blancas en el rojo estuche de los labios, y toda sorprendida y deshecha de gozo al ver en el balcón de enfrente al sobrino de don **Serafín**.

Luciano sintió unos aletazos muy fuertes dentro del pecho, y procurando disimular una pena muy honda que se amparaba en su alma, dijo:

- **¡Qué! ¿no me esperabas tan temprano?... ¿Verdad, Esperanza?**
- **Tan temprano como yo a ti, nunca**– respondió ella, dejando sobre el alféizar la jarra encarnada.
- **Si tú eres una alondra, Esperancilla, ¿quién te gana a tí? Pero te equivocas si piensas que he madrugado: no he podido madrugar, porque no he dormido.**

- Los libros, ¿eh?
- ¡Cá...! Un arrastrado periódico que anoche medió a leer mi tío.
- Pues ¿qué dice?
- Nada; después te lo diré. ¡Vaya si te lo diré!... cosas de hombres... Pero oye, ¡mira que estás linda!
- ¡Bah! Ilusiones tuyas: es que el agua fresquita pone un barniz tan precioso en las cosas...
- Pues yo te digo- prosiguió el enamorado Luciano – que eres maravilla del mundo, por hermosa y buena... ¡Dios te bendiga! ¡Y no es esto, ni lo otro, ni lo de más allá: todos los rasgos de tu rostro son primores, y todos guardan entre sí la más cabal disposición y correspondencia que pide la hermosura: para esa boca tan pequeña, esos ojos tan grandes; para esa frente tan blanca, esos cabellos tan negros; y para toda esa gentileza..., tu alma que en ella se ve, como reina en su alcázar! ¡Luego, eres una santa para Dios, y un ángel para los pobres; ... la luz de mi casa, y la poesía del pueblo! Ya ves, ¿té querré yo...? No bajas la vista tontuela...

A **Esperanza** le retozaba la alegría en las telas del corazón y en los hoyos de la cara; y, plegando los labios, que le bailaban sujetando la sonrisa, cerró con saladísima lentitud los ojos.

Cuando los abrió, observó que **Luciano** parpadeaba mucho, y le bullía la barba, y se mordía los labios. ¡**Virgen de la Esperanza!** ¡Aquello era llorar! Pero... ¿lloraba **Luciano** de amor..., o de congoja? Con esta incertidumbre, que el sobrino de don **Serafín** no pudo en algunos momentos desvanecer, la última sonrisa de la joven quedó vacilante entre el estallar de alborozo y el encogimiento de la turbación, como golondrina que aletea sin ver punto donde posar en la ocupada hila.

- ¡**Luciano mío!**- dijo al fin con voz temblorosa -**¿qué tienes? ¿por qué te afliges?**
- ¡**Oh! Si al cabo has de saberlo... ¿No te lo figuras? ¿No lo recuerdas, alma mía? ¿No te dije que el día tenía que llegar y ello había de suceder?**

No habló más **Luciano**; echóse de pechos en el balcón, inclinó profundamente la cabeza, desvaneciéndose unos lagrimones..., y dando, al fin, una castañeta, puso recto el índice apuntando al camino, que desde allí se veía culebrear por la montaña.

Cuando alzó la cabeza, no vió un la ventana otra cosa que unos claveles rojos pidiendo agua...

Con lo cual, en aquella mañana, se pudieron ver en **Iberuela**; el nacimiento del sol por un triángulo, la puesta de otro sol por una ventana; la alegría de la aurora en la cima de un monte, y los desmayos del atardecer en un balcón.

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO

III

Recién nacida, quedó **Esperanza** sin padres, y la tierna planta no tuvo otro arrimo que el de su abuelo, ni más hermanos que su **Antonio**; **Nino**, como ella le llamaba. Mas tuvo fiestas y ternuras y besuqueos de cuantos la veían tan linda, y muy singularmente de don **Juan Clímaco** y su esposa, quienes la sacaron de la pila, y, a falta de príncipe heredero, la brincaban llamándola su reina. Ya muchachuela de seis años, cuando el señor **Cura** le sacaba peladillas de las orejas, solía pagar aquellos agasajos a los inseparables amigotes de su abuelo, con monedillas de oro; pues eso y más valían los espontáneos y sonoros besos que la niña les daba, según la apreciación de don **Juan Clímaco**.

Mas por quién se desvivía la tunantuela era por el sobrino del señor **Cura**. ¡Ah! Todo lo dejaba para dar gusto a **Lucianillo**, y siempre andaban juntos como la vara y la flor. Era aquella simpatía, que jamás había de turbarse, el símil más poético para representar al vivo el sistema de la *armonía preestablecida*, **Leibnitz** no pudo hallar en el mundo dos mónadas tan correspondientes como aquellas dos monadas.

Pues bien; los años mueren apenas nacen, y pasaron de galope los precisos para que **Esperanza** creciera como vara de nardo, y supiera aderezar condumios, echar remiendos, y cuidar del modesto atalaje de la casa, todo con gran primor; y aún para que se empleara, cuando estos quehaceres se lo permitían, en aprender con diligente aplicación, a leer, escribir, y pensar en cosas muy buenas y deleitables, que solamente se ven con los ojos del entendimiento: enseñanza que, con agrado de todos, tomó muy a su cargo el solícito **Luciano**, quién, a trueque de las ideas que comunicaba a su discípula, quedóse a cuenta con su corazón entero.

Un día madrugó mucho **Esperanza**. Cumplía catorce años, y al toque de alba entró en la alcoba de su abuelo. ¡Cosa rara! Aún no se había despertado. Llamóle, y con voz penetrante y dulce como el sonido de la lira, digo:

- **¡Padre! Que es el día de Santiago. Recuerde usted que estoy cumpliendo catorce años en este mismo punto y hora, y vengo a darle mi beso. ¡Ea, perezosillo, que el sol lo tenemos ya en la corredera!**

El viejo despertó... y hubiera jurado que allí cantaban ruiseñores. Volvióse hacia **Esperanza** sin incorporarse; intentó levantar el brazo, y le pesaba como un costal de trigo.

Cogió entonces **Esperanza** aquella cabeza, que era su blanco altar, después del divino, y oyó decir a su abuelo con habla extraña y borrosa:

- **¡Dame el beso!**- Por veinte que le dio... recibió dos de ella; pero... ¡cuán tardos y flojos! Eran besos de vida con labios de muerte: besos divinos dados por una careta de boca torcida... ¡Ay! fueron dos caricias de la hemiplegia...!

El grito que lanzó la niña infortunada fue como el crujido que hace barruntar un desplomamiento... Pero **Nino**, que estaba en la flor de la mocedad, dijo:

- **Aquí falta un puntal, y ese soy yo. ¡Padre: póngase usted bueno para darnos vida con su presencia! Y tú, Esperanza, ni te apures: que todos los años nace Dios, y tengo yo dos brazos como trompas de elefantes.**

Y quiso el cielo que sobre ellos cayese blanca y cernida la lluvia de la misericordia: pues **Nino**, curtiéndose en el campo, convirtió el mediano añojal en vergel delicioso; el majuelo pintaba que era una bendición.

Y el señor **Manuel** volvió a sonreír con la boca derecha, contando sus aventuras de mozo al señor **Cura** y a don **Juan Clímaco**, cuando por las tardes salían a esparcirse siempre juntos, y a dar una vista a las sementeras.

El sol de esta felicidad alargó sus rayos y entróse también por la casa de enfrente. **Luciano** había obtenido, después de una reválida brillantísima, el título de profesor de instrucción primaria.

Los ahorros del párroco no alcanzaron para acoplar una hoja limpia de acero en el mango del bachillerato en Artes, que con gran aprovechamiento hizo **Luciano**, y hubo que acoplarle una palmeta, que, para mí téngolo por cierto, es la pieza que mejor se le ajusta.

De pronto, nublóse el cielo para las dos casas. La patria tocaba con todas sus fuerzas el clarín de la alarma, cuyo penetrante sonido repercutía en las bocinas de los barcos que tomaban rumbo para **Cuba**. El sorteo de quintos en **Iberuela** encasquetó el gorro de soldado en la cabeza del maestro, y al cabo de dos meses, el Boletín Oficial de la provincia llamaba a filas al mozo **Luciano Fuentes del Águila**.

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO

IV

Tiene **Iberuela**, por tradiciones muy de guardar, magostos allá por los **Santos**; bailes de rifa en **Navidad** y Año nuevo; villancicos de la aurora, que, al amanecer los días de la **Virgen**, cantan los mozos, con acompañamiento de guitarras y panderos; ruedas de muchachas en las noches serenas de Febrero y Marzo, cantando tiernas letrillas, y ululando al remate de ellas, con sabor árabe castizo; y en la tarde de Santa Rosa de Lima, el 30 de Agosto, el recibimiento del **Cascamorras**.

El Cascamorras es un truhán gesticulador y chocarrero, que aparece por los tojales de enfrente, entre estampidos de voladores y redobles de tambor. Trae ropilla y gregüescos, mitad amarillos, mitad rojos, con varios golpes de verde lagarto, haciendo dibujos aquí y allí, sin ton ni son; y lleva un látigo con una pelota de paño y cuero en el cabo de la cuerda, para ahuyentar a los chicos y mozalbetes, que le acosan, zumban y persiguen.

Cuando la gente menuda divisa aquella especie de pimiento verde, gualda y rojo, que asoma por el monte dejándose caer pendiente abajo, y luego le ven cruzar arroyos, atravesar el barranco, bracear por los maizales, saltar cercados y correr, subir y volar.

Hasta que llega, trasudándole los huesos, al atrio de la **Iglesia**, arman tal tremolina, que la plaza parece campamento entrado por asalto; la greguería es atronadora; no cesan los sustos, carreras y carcajadas, y los tronchazos y denuestos caen como saetas sobre el juglar, quien con espantable catadura culebrea en todas direcciones, hecho carretilla de pólvora, relumbrándole los ojos en medio de la inmensa polvareda, y disparando a troche y moche rociadas de pelletazos con increíble menudeo y pujanza; hasta que se acercan los del tricornio con muchos gestos y manoteos de “**bueno está ya**”, mas despepitándose en sus adentros, porque no se acaben las escaramuzas y respingos.

En esto llegan caballeros en mulas, un clérigo y cuatro hermanos de la **Virgen de la Esperanza**, quienes a la zaga del **Cascamorras** vienen a **Iberuela**, y a otros pueblos de la redonda, a recoger el óbolo de los fieles para la fiesta que se ha de celebrar en la ciudad cercana, donde reside la aparecida imagen.

Echan pié a tierra; entregan el estandarte al zarrapastroso arlequín, y el clérigo, con su manteo de alto cuello y el largo sombrero de canal, los cofrades con la mejor ropa del arca, el tamborilero repiqueteando el parche, el polvorista disparando cohetes, y el derrengado **Cascamorras** con la multicolor bandera coronada de cintas, entran pausadamente en el pueblo, recogiendo aquí una blanca, allí una horrura, entretanto que llega la noche.

Y con ella la ceremonia de velar la bandera en la casa tradicional, que no es sino la del sencillos y adinerado don **Juan Clímaco**.

Ya su hacendosa y devotísima mujer tiene adornada su cama de matrimonio para huésped tan divino. Sobre la crujiente colcha de antiquísimo damasco verde extiende el paño extiende el paño sagrado de la bandera, en cuyo centro vese entretejida la imagen de la **Virgen**; derrama sobre los almohadones blanquísimos el manajo de vistosas cintas, y no sale de la alcoba sin haber rezado, a coro con su marido y todos los que allí están, unas oraciones.

Y sin poner junto a los ángulos de aquel vetusto ejemplar de indumentaria, trocado en retablo horizontal y peregrino, cuatro arrogantes velones de Lucena, con sus dieciséis mechas encendidas, que se encogen y alargan como gusanos de luz, curioseando aquellos primores de lentejuelas, encajes y brocados.

Cuando la inmensa cocina está ya de borde a borde con tantos como llegan anhelosos de regocijo y zambra, comienzan a templar los tocadores; y apenas el tintín de las bandurrias concuerda y se ajusta con el puntear de las guitarras, salen con el rasgueo de unas seguidillas a un aire allegretto de tres por ocho, que al punto cogen mozas y galanes, bailando en dos filas con gracioso cernidillo de pies, ligeros como plumas, y con blando y reposado meneo de brazos, que semejan un palmar henchido por el soplo de un apacible viento. Y con el repiqueteo de las castañuelas, y los sencillos cantares de tiples, que dulcemente trinan, y de apasionados tenores que aprenden sus gorjeos en las floridas academias de las aves, continúa la danza, hasta que la noche, así como rendida y soñolienta, va apagando las lámparas de cielo, dirígese a su dormitorio, y deja caer las cortinas azules.

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO

V

Volviendo a nuestra historia, barajáronse los naipes aquel año de tal suerte, que la entrada del **Cascamorras** se efectuó el mismo día que **Luciano** anunció a **Esperanza** que estaba para sonar la menguada hora de su partida.

Vino la noche; y, reventando de mal disimulada pena, presentáronse en casa de don **Juan Clímaco** don **Serafin** con su sobrino y el señor **Manuel** con su nieta. ¡Qué diantre! A vueltas con todo, don **Juan Clímaco** era el sol y centro de aquellas tristes nebulosas; padrino de pila y amores de los novios; sombre y bastón del abuelo, el ojo del cánon de don **Serafin**; y, con estas cadenillas de oro acendrado, no era cosa de hacerle a tan noble amigo el agravio de no ir a su casa aquella noche, dejándole *solo*.

Don **Serafin**, habituado a tragar amarguras sin lamentarlas, fué al rincón y pegó la hebra con el clérigo de la cofradía. El señor **Manuel** obscureciéndose con el dueño de la casa, apareciendo a poco verboso y alegrete. Y allí, junto a la puerta de la devota alcoba, sentóse la pareja infortunada.

La condenada música sonaba aquella noche como los ángeles, y por allá abajo salió una copla para Esperanza, llamándola princesa.

Ella recibió el cantar como una garfada en el alma, y como un bofetón de fuego en el rostro. Luciano miró hacia allá... y sonrió como un mártir.

Hubo más. Lucas Carrejo, que había salido a caballo aquella tarde, y no quiso dejar las botas fuertes ni las espuelas para que ellas fuesen pregonando entre tantas alpargatas:

- **“!Aquí teneis al hijo del alcalde! ¡La proporción de una marquesa! ¡A comérselo muchachas!”-**

Cruzó por entre los grupos, en lo más encendido del baile. Traía gran dalia amarilla en el ojal de la gallega; pañolón de seda encarnada al cuello, cuya pecosa piel ostentaba dos lacra blanquecinas; una mano en el bolsillo del chaleco, y la otra haciendo girar entre los dientes la boquilla del puro, por lucir la tumbaga; y cuando estuvo junto a la nieta del señor **Manuel**, echóse atrás el *Mazzantino*, bajo cuyas alas asomaron unos tufos bermejos, casi tan abominables como el que daba de sí con aquella fétida mixtura de potingues y colonias que llevaba encima, y con voz carraqueña y acento empalagoso le dijo:

- **¿Vamos, reina?**

Esperanza se levantó sin decir esta boca es mía, enseñándole a **Lucas** un *no* bien rasgado con las rayitas del lindo entrecejo. Volvióle las espaldas, y entró en la resplandeciente alcoba.

¡Las luces rindiéronle armas al pasar!

Allí estaba esperándola su **Virgen** querida. Sacóse del seno una hermosa cinta morada; prendióla en la moña de la bandera con unos alfileres; puso los labios sobre la imagen... y le dijo lo que nadie pudo oír: porque aquella plegaria fue, más bien que oral, ¡un escrito suavísimo, trazado en la seda sagrada con la pluma de su boca... y con tinta de sus ardientes lágrimas...!

Luciano lo *oyó* todo con los ojos; sintió que un clavo le atravesaba las entrañas, y, hendiendo por aquella masa de cantores y danzantes, salió a la placeta buscando aire, soledad... y sombra.

Cuando llegó al álamo negro que a veinte pasos de la casa había, de sus ojos brotaron dos fuentes de lágrimas, que comenzaron a caer sobre un cuerpo que dio media vuelta, lanzando un fuerte resoplido.

Allí, sobre un cuadrillo oloroso de poleos y mastranzos, dormía a pierna suelta el **Cascamorras**.

.....

Cuatro días pasaron. Al romper el quinto, daba pena ver a don Serafín diciendo misa. ¡Cómo lloraba el pobre viejo! Empapada en sus lágrimas consumió la **Hostia**, y dijo muy quedo aquellas palabras del **Profeta David**:

- **¡Las lágrimas serán mi alimento noche y día!**

Y añadió:

¡Pon, señor, ángeles en su camino...: protéjemelo de la guerra...; y, donde quiera que esté, muéstrale las veredas del bien y de la vida...!

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO

VI

Antolín Carrejo parecía, por lo agudo y flaco, un *uno*; y su hijo Lucas, por lo acemilón y orondo, parecía un *cero*. Así es que juntos solían hacer el *diez*; y valga el número, porque entre los dos venían derramando sobre **Iberuela** las diez plagas de **Egipto**. ¡Vive **Dios**, que para tomas pasta y comerte todo género de vilezas, eran los dos raídos y ambidextros!

Ya podían granar las mieses, y reventar las espigas con el dorado fruto, y ensartar las vides en los tayuelos sus grumos de topacios y esmeraldas, y los trabajadores guardar en la niña de los ojos el ahorrillo sagrado... Amenazándoles ruina, apostábanse la langosta, y la filoxera, y el avispero de los gravámenes, derramas y gabelas, en la casa de **Antolín**.

Tenía éste unas vislumbres de cierta filosofía, que, como él pensaba, suelen cubrir los sabios con ropones sin abertura, y henchirla como un sapo, quedándose, a vueltas de su metafísica, ayunos de tasajo y luz; y andaba muy boyante y presumido, de ver como el lado práctico de aquellos *tiquis miquis* de la gente de letras veniales haciendo a las agudezas de su caletre y a los insaciables hipos de su bolsa.

¡Ah! Como anillo al dedo, veía él que las corrientes del saber bailaban al son de las corrientes de la sangre.

Para **Carrejo** no era otra cosa el mundo, a estas horas, que un grande órgano; y el toque estaba en coger una tecla, si no alcanzaba la mano a un registro. Y como lo pensó lo hizo: pues, ayudado de la audiencia (que es la corredera de la fortuna, desde que ésta rifó con la razón), pudo apandar la tecla correspondiente a **Iberuela**; y claro es que **Antolín** servía para el caso, como quiera que sin conocer una mínima, hacía sonar su nota de fabordón, concorde con los flautados y trompetas de los demás pueblos.

Era, en resumen, lo que él decía ante su costilla y **Lucas**, mirando de medio ojo al pueblo desde el balcón:

- **Arriba los sabios, abajo los animales, y dentro y fuera la sonora voz del ejemplo, me dan fuerza, razón y carta blanca, para que os tome el pelo, y sepáis que “partió Tomás, para sí lo más”**.

Lucas ni pensaba: no veía el sol. Él no hacía sino dejarse caer.

La luz del argumentar saltaba del cacumen de **Antolín**, y el peso de las consecuencias lo retrataba **Lucas**: **Lucas**, que se comía las primicias de los frutales ajenos, y aguaba las fiestas con su endiablado vino, y convertía la sementera que el entraba por el antojo en picadero de su caballo.

.....

Un día glacial de Febrerillo el local empinaban los codos el uno y el cero; y, ya asomados, hablaron así:

- **Mira, Lucas, te doy la borla de tonto, si no le quitas las novia al sobrino del cura; cinco meses hace que partió Luciano, y ya se le habrá mojado la pólvora a la muchacha.**
- **Me *jago tiestos* por ella, padre!**- dijo el tontaina, lamiéndose los belfos: **-pero la *indina* no quiso *bailarse* conmigo una seguirillas la noche del Cascamorras-**.
- **Pues no te pares aunque caigas mostrenco-**, replicó **Antolín. -¿No sabes lo que hay? Atiende y verás: la noche en que la mujer de don Juan Clímaco vió la muerte al ojo, dijo a su marido delante del cura y del señor Manuel:-*Cuando te mueras, Juan, lo mío para Esperanza*- Bailó la última pataleta... y ahí tienes, lo menos, veinte mil duros.**

- **¡Que barbaridad!**- saltó Lucas remojando la interrupción.
- **Pues verás-**, continuó Antolín: **-aún no habían pasado doce días, cuando haciendo pucheros el millonario, abrazó al cura, y le salió con esta salva real:**
 - *“Hoy lloro por Luciano, don Serafín...! Cuánto lo estoy echando de menos! ¿Por qué le deje ir a la guerra...? ¡a él, que es la bondad del mundo! ¡Me pesa en el alma de no haberle redimido, teniendo tantos posibles ociosos! Bien dicen que el avariento rico no tiene prientes ni amigos ¡Yo he sido un empecatado avariento! Yo no he pensado tanto como debía en Luciano, ni en los pobres del pueblo, ni en el viaje eterno que acaba de hacer mi pobre Teresa... ¡Pero basta! No tengo herederos de ningún linaje; y así, amigo don Serafín, juntaré lo mío con lo que dejó mi esposa y, recogiendo las dos partidas en un reglón, todo será para Luciano y Esperanza. Pero... ¡con un censo evangélico, canastos! Que no huelgue el capital, para empleo de trabajadores y socorro de necesitados”*
- **¿Qué te parece, Lucas? Don Serafín lloraba a moco tendido...**

- **Pero dirás tú: ¿Cómo se lo sabe usted todo tan de molde? Pues, so calabaza, a vista de ojos: cuando se abre esta boca de cuero... ¡penetro más que un lince!-** y dio un golpazo a la rebosada valija del correo, cuyas cadenillas sonaron con tales repiquetes, que parecían muertas de risa... Aquella gran cartera no salía ni entraba sin vomitar antes en la mesa de **Antolín**; y el día anterior vomitó los garrapatos del señor cura, que habían de haber ido a **Pinar del Río**.
- **Conque-** concluyó el sabueso –**silencio, y manos a la obra. La muchacha es una credencial; y a mal venir, ¿quién le birla la partida de la difunta?**
- **Pero... ¿y Luciano?-** arguyó **Lucas**.
- **A Luciano-** repuso el alcalde –**le apago yo desde aquí, si no lo apaga antes cualquier matacandelas de la manigua.**
- **Padre, eche usted otro medio. Esperanza es de ese *chavó*.**

Bebieron. El milano se puso a escribir al gerifalte de la ciudad, y el flamenco salió pavoneándose, embozado en el torera, y canturriando una seguidilla gitana.

.....

Aquella noche, con una ventisca de todos los diablos, sonaron en la calle de **Esperanza** una guitarra, una bandurria y los cascados gorgoritos de **Lucas**. ¡Cantarín más empedernido y quejambroso no lo cría madre! Por cierto que al comenzar la copla décimonona, dio tal castañazo a las cuerdas de la guitarra, pues él era el rascador, que saltó la prima dándole en el bozo un latigazo, que le atarugó el cantar en la garganta.

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO

VII

TESIS: En este pícaro mundo no hay contento sin agraz. Proposición apodíctica. Digamos como los dialécticos: *se prueba*.

Antolín Carrejo sabía más que las culebras. A las cartas de Luciano y para **Luciano** les daba un bebedizo, que las adormecía y evaporaba. ¡El Océano era un gran tapaboca...! ¡Aquello en la inmensidad llena de cartas perdidas! Entretanto, buenos golpes a la empanada administrativa; remojes de lo añejo; salud de bronce..., y **Lucas** achuchando. ¡Él contento!

Pero **Lucas** no medraba. ¡El agraz!

Confirmase la tesis. Las primeras cartas de **Luciano** vinieron al nido como palomas maestras. El mozo subió una grada roja y otra plateada, camino del cielo sidéreo: era sargento.

Don **Juan Clímaco**, que penetró la conveniencia de sacar al sol las peluconas y multiplicarlas con el trabajo, consiguió del extranjero la transferencia de la hilandería, e hizo paisana la industria y fraternos los salarios.

Por cierto que, cuando trocó la roña antigua en la vida de su pueblo, esquilaban los morales tanta seda, que podían haber surtido a la corte de **Salomón**, y ofrecer de adhehala a don **Juan Clímaco** el resto de la joyante, para un gorro de dormir... que le sirviera hasta para entrar con él en la mansión de los justos.

Don **Serafín** traía el cielo dentro del pecho, de ver que sus feligreses no volvían el pie atrás en sus buenas costumbres, y singularmente en la virtud de la paciencia, de que tanto habían menester: alegrías que se le multiplicaban, pensado en la próspera fortuna de su sobrino.

El señor **Manuel** –ya se sabe- refiriendo siempre sus hazañas de la guerra de **África**, sano y contento; **Nino** trabajando con suerte; y su hermana... asida a una esperanza segura, que como hilo de luz se le entretejía con las venas y los nervios y el alma, sujetándole la aurora en las mejillas, el sol en los ojos...

¡La dicha!

Mas se les volvió la suerte, **Luciano** ya no escribía. Pasaron los fríos y la primavera; era ya la **Virgen de Agosto**... y ¡nada! todos los días quedábase asperges don **Serafín**.

A don **Juan Clímaco** le llovían las contribuciones y recargos, subiendo, subiendo siempre, como las derrotas amorosas de Lucas, que llegaban al cielo. El señor **Manuel** meneaba tristemente la cabeza, y **Esperanza** se puso como la **Dolorosa**.

¡El maldito agraz...!

Para mayor desventura, **Lucas** determinó dar el postrer asalto a la plaza; y una noche, después de moler con arrumacos y lagoterías a **Esperanza** y al abuelo, saltó sulfurado:

- **¡O me caso contigo, serrana, o arde Troya!**

El abuelo, ahíto de calma, se levantó, y le dijo:

- **Mucha fanfarria gastas, Lucas..., y el mundo da muchas vueltas.**

- **Pero ninguna traerá a Luciano-** afirmó **Lucas**. –**En Santa Clara está sin acordarse de nadie, y ése no vuelve.**

- **¿Qué está en Santa Clara?-** saltó **Esperanza**, encendiéndosele el nácar del rostro. – **Y ¿por qué lo sabes tú? ¡Dilo pronto, Lucas!**

El bausán dio un resoplido, y quedó atrampado, asentándole a **Esperanza** dos ojos, como dos huevos de perdiz agujereados y a punto de soltar las yemas. Luego rugió:

- **¡Me jago tiestos! ¡Hasta la iglesia arde si no eres mía!**

El señor **Manuel** le despidió bruscamente.

Cuando **Lucas** entró en la calleja de las **Ánimas**, una fantasma, ayudándose de la obscuridad de la noche, midióle las espaldas con tal gana y tan a menudo, que el bravote hizo unas sinalefas, dio un alarido, y arrancó a correr como un rayo.

Perdióse la fantasma, y apareció luego en la cocina del señor Manuel pidiendo de cenar.

¡Bravo! ¡Choca esos cinco, Nino!

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO

VIII

El sol se asomó al túnel dando a **Iberuela** los buenos días. La campana tocando a misa, y las avecillas en sesión parlamentaria, contestaban:

- **Muy buenos!**

El calendario señalaba: 30 de Agosto. **Santa Rosa de Lima**.
Luna nueva.

Antes de las doce, subían ya los arrapiezos más valientes por los atajos del cerro, pereciéndose por descubrir al abigarrado **Cascamorras**. A las tres de la tarde, el pueblo entero le esperaba en las avenidas y en la plaza de la iglesia.

A la sombra del paredón de la sacristía, paseaban echando cuentas por días y dedos, sobre la fecha en que se debía de recibir contestación de los centros oficiales acerca de la suerte y paradero de **Luciano**, los tres amigos inseparables: el septuagenario **Cura**, don **Juan Clímaco**, con sus sesenta y ocho, y el señor **Manuel Hidalgo**, con sus tres duros y medio y dos reales... ¡Nada! el obscurecer en la vista, y el arrastrado Enero en la cabeza; pero... ¡eso sí! En la

conciencia llevaban el mediodía, y en el alma un Agosto perenne, con divina cosecha de grandes méritos y virtudes.

Al fin sonó el claqueo de un cohete lejano... y en las alturas del cerro apareció el muñeco amarillo y rojo.

La muchedumbre, abajo, rompió en gritos de júbilo.

De pronto, cuando el **Cascamorras** se dejaba caer por unos vericuetos, asomó por el camino, levantando gran polvareda, levantando gran polvareda, rápido como el relámpago, un caballo desbocado. Al subir la cuesta de los castaños fue conocido el jinete, y la gritería llegó al cielo:

- **¡Luciano! ¡Luciano!**

Don **Serafín**, con la boca abierta, trémulo, amortecido sobre los brazos de don **Clímaco** y del señor **Manuel**, creyendo que soñaba, oía vocear:

- **¡Luciano! ¡Luciano! ¡Aquí está el sobrino de don Serafín...!**

Pálido como un cadáver, saltó el joven del caballo; y, al levantarse cien brazos para estrecharle, preguntó:

- **¿Me muero..., o me vuelvo loco de alegría?**

Los gritos apagaban sus preguntas:

- **¡Al compás! ¡Al compás! ¡allí está don Serafín!**

Y allí le llevó el turbión, Fuera de sí, preguntaba de nuevo:

- **Pero ¿me muero..., o me vuelvo loco de alegría?**

Y entonces oyó que le contestaba el hermano de su madre, con voces cortadas por el llanto:

- **¡Sí, vuélvete loco, sobrino de mi alma...! Y llévenme a mí también a la casa de orates... ¡Todos! ¡todos... te viven!**

Y don **Serafín**, don **Clímaco** y el señor **Manuel** cayeron sobre el cuello de **Luciano**, abrazándole tan tierna y apretadamente, que parecían un solo árbol viejo, de tronco tripartito, trenzado las escuetas ramas sobre el injerto nuevo que las alegra y las remoza...

Aumentóse la fiesta tradicional con tan feliz e inesperado suceso, y sólo el **Cascamorras** pudo abrir paso hasta la casa del señor **Manuel**, por entre la muchedumbre que saludaba a **Luciano** y vitoreaba a la **Virgen de la Esperanza**, desgargantándose a voces que hundía la casa..., y llegaban, sin duda, al cielo.

Porque las estrellas más tempranas, que en él ya resplandecían, deshaciánse como en visajes de querer desprenderse y venirse a la fiesta.

¡Hubo que ver a **Esperanza**! Se puso como de marfil; rehilaron sus cabellos, y, rompiendo a llorar, cayó de rodillas ante **Luciano**, como **Penélope** ante **Ulises**. Corrió el joven hacia ella; levantóla del suelo, y, si no hubieran atronado la estancia los gritos de júbilo, que resonaban como estruendosa pastorela en noche de **Navidad**, hubieran todos oído, como suave y deliciosa música, los saludos de los amantes, parecidos a los júbilos del dólar de los esposos de la **Odisea**.

Poco a poco se fueron serenando los corazones, y, al cabo, punto en boca, quedaron todos pendientes de la de **Luciano**, que describió con singular viveza lugares, hombres, batallas reñidísimas que no le pusieron tan en riesgo de morir, como el pasar de aquellos meses seculares sin carta de sus ídolos; su regreso a la patria, muerto de ansia y temor, y el aplazamiento de un día, que en la vecina ciudad se le hizo eterno, para entrar al siguiente en su paraíso iberuelano, con la **Virgen de la Esperanza**, que le había traído: narración curiosa, que **Luciano** matizó con hermosas flores de natural elocuencia.

- **Y ¡ya se ve!**- continuó –**salga o no con su empeño la patria..., ¡pobrecilla! Había que darle lo que era suyo. Y juntando yo la conciencia del deber con el anhelo de sujetar en las mangas de la guerrera el lucero miguero... solamente por ofrecérselo a esta estrella de Venus que tengo al lado, entréme por lo más peligroso de aquel combate, y una bala me atravesó el brazo, marcando justamente en la manga el punto que debía ocupar la estrella. Fuí propuesto... y ¡adiós mis esperanzas! Otro fue el favorecido. Entonces dije a mis jefes, quienes me querían con todo el extremo del mundo:**
 - *Aún quiero el empleo inmediato! ¡Volverme al pueblo!*
- **Y con la pícara legía que sorprendieron en mis ojos. Alcancé esta estrella, más encantadora que la que no pude alcanzar con sangre. Sí, Esperanza, ¡más...! El sol necesita quitarse sus manchas para que se pueda comparar con tu rostro, dechado y cifra de la humana hermosura.**
- **¡Sobrino mío!**- interrumpióle don Serafín –**te estoy viendo en el combate... ¡Nireo en el sitio de Troya!**

- **¿Quién fue ese?**- preguntó el veterano de la guerra de **África**.
- **¡El más hermoso de los soldados griegos!**- respondió el señor cura.

Todos aplaudieron la salida de don **Serafín**, y seguidamente tomó Luciano su interrumpido discurso:

- **Pues, señor, con tales desencantos, que no fue sólo el mío, aquel mundo tan grande se achicaba a mis ojos, que era un prodigio. Aquellos pueblos tan pintorescos, aquellos vergeles tan encantadores, aquellos puertos tan espaciosos, aquellas montañas y mares... pensaba yo que cabían en los anaqueles de ese vasar... Y por el contrario, mi Iberuela iba tomando todo el grandor, magnificencia y esplendores que aquel mundo perdía; y veía yo la Corredera, inmensa; los trigales, infinitos; las montañas, como macizos de oro...; y esta bandera humilde, símbolo de mi pueblo, sobrio, piadoso, trabajador y honrado, más grande que aquel mar de las Antillas, y que aquel cielo de metal, siempre en ignición...!**

- **¡Y este es el caso, señores, que este trasiego he venido viéndolo hasta llegar a Iberuela; y como Dios y la justicia de los hombres no lo deshagan, ha de quedar confirmado en mi espíritu para in sécula sin fin!**

Indudablemente, **Luciano** picaba en elocuencia con natural gallardía. Todos le aplaudieron y festejaron. Don **Serafín** se echó encima cinco o seis lustros. Don **Juan Clímaco** le proclamaba por su legítimo heredero. El señor **Manuel** enjugábase sus lágrimas de héroe de los **Castillejos**, y **Esperanza** creyó a puño cerrado que había oído tañer la cítara de un ángel.

Cuando a las dos horas, dirigíase el señor **Manuel** con **Nino** y **Esperanza** a velar la bandera en la casa de don **Clímaco**, dijo mirando al cielo:

¡Qué callandico menea al Señor las estrellas y las cosas de este mundo, para que vuestro abuelo pueda morirse, cuando le toque..., como quien se echa a dormir...!

- o - O - o -

NIEVE Y CIENO

IX

El Rector de la Universidad nombró a Luciano maestro interino de la escuela de la villa, y el joven entregóse a velas llenas a la dura profesión, muy persuadido de que su tío en el templo de Dios, y él en el templo de Minerva, librarían a su pueblo de contarse con aquellos otros que, sin fe, educación ni letras, por trabajadores e industriales que sean, locos son *a nativitate*, y convierten luego en ponzoña la triaca.

Crecieron los ardores pedagógicos de Luciano, avivados por Esperanza, que se mostraba aficionadísima con ellos, y la escuela florecía como un plantel de Catones, o de Clímacos e Hidalgos, que no le debían nada a *el Censor* famoso.

Pasaron las verdes postrimerías de aquel estío, y los encantadores comienzos del otoño; y una noche, reunidos los novios y los viejos de la casa del señor Manuel, salió don Juan Clímaco con esta hebra de oro:

- Pero muchachos, ¿es que vais para fraile y monja? Esto pasa de la raya y peca de largo.

- **A ver don Manuel, don Serafín: con ellos ¡qué diantre!**
No necesito contar. ¿Será bueno que estos se casen el veintidós de Diciembre, cumpleaños del padrino?
- **¡Palabra real!**- respondió el señor Manuel.
- **¡Fiat!**- añadió don Serafín –**y haremos traer la bandera de la Virgen de la Esperanza, para que presida los desposorios.**
- **Y yo daré por la cinta morada de la niña dos onzas, para el culto de la Virgen-** concluyó don Juan Clímaco.

El casamiento quedó concertado, y al fin llegó el día del casamiento.

.....

Las campanas le ganaron al alba la delantera: pues tan alegres y estruendosas repicaban a misa *de gozo*, que feligresía y aguzanieves se hubieron de despertar antes que el triángulo de la corredera se pintara de blanco y rosa.

Cuando los fieles penetraban en el templo, y en el coro se reunían los músicos y cantores de villancicos, habíanse ya desposado Luciano y Esperanza.

Luego... mientras oraban junto al altar resplandeciente y subían las pastoriles canciones al **Dios** del amor y la paz..., llegó **Lucas Carrejo** a la desierta plaza, iluminada ya por los claros del día.

Terminó la misa y comenzó a salir la gente, ovillándose bajo la bandera alrededor de los esposos, criados por el cielo tan para en uno, que eran como el espíritu y la carne de un nuevo ser, que se podía denominar luz, piedad, trabajo, patria, gloria...

De pronto, los murmullos de fiesta convirtiéronse en gritos de terror. **Lucas** llegó al compás... saltó como un tigre..., y hundió dos veces su descomunal cuchillo en el pecho de **Luciano**.

El túmulo fue indescriptible. El asesino voló amparado por unos hombres que se aposentaron en la calleja inmediata, y **Luciano** cayó en las gradas del compás, convulso, lívido, los ojos quebrados, revolcándose en el humeante charco de su sangre.

Nino voló tras de **Caín**..., y fue arrestado. La bandera de la **Virgen** fue depositada en el Juzgado municipal; el cofrade que la traía dio con su cuerpo en la cárcel.

Don **Juan Clímaco**, llorando desconsoladamente, recogió al moribundo y llevóse a la casa de don **Serafín**, donde no cabía un manojo de heno.

Apenas el pobre cura administró la Extremaunción a su sobrino, dio de ojos por el suelo...; y **Esperanza**..., sin sentido, inclinada sobre el lecho, anudados los brazos al cuello de su esposo, parecía una estatua de mármol por lo inmóvil y blanca, por la dureza y rigidez de aquel indisoluble abrazo, primero y último.

¡La consternación fue inmensa...! Y los esbirros de **Antolín**, a medios pelos y armados de todas armas, anduvieron todo el día guardando el orden público con tales muecas y esguinces..., que eran una constante provocación para turbarlo.

.....

Luciano, luchando con la muerte, ora deliraba, ora discurría con lucidez; y en una de aquellos lapsos..., no se sabe si en el destemplado, si en el lúcido, dijo silabeando torpemente y con desgarradora tristeza:

- **¡Los enemigos implacables de la patria..., me hirieron en un brazo...! ¡Ay...! ¡los hijos mimados de la patria... me han llegado al corazón...!**

A las tres de la tarde comenzaron a doblar las campanas.

.....

La nevada de aquella noche fue tan extensa, que, desde los picos de la sierra al pueblo, todo era una gigante sábana sin mancha ni rotura.

Antes que amaneciera, don serafín, don **Clímaco** y el señor **Manuel**, cogiéndose de los brazos cual si llevaran a remolque el ligero retal de tiritaña que les quedaba de vida, salieron para la iglesia a ofrecer al **Señor** la misa por **Luciano**. ¡Pobre don **Serafín**! Hilos de lágrimas caían de sus ojos sobre el cuerpo de **Cristo**; y cuando lo llevó a su boca, dijo:

- **Muchas veces he percibido el sabor de mis lágrimas en la sagrada Hostia... !Hoy, dios mío, percibo también el sabor de las tuyas...!**

Terminada la misa, y despojado ya de sus sagrados ornamentos, abrió don **Serafín** la ventana de la sacristía que daba al campo; y al contemplarle todo lleno de nieve, vínosele a la memoria aquel lamento de **Virgilio**, que comenzó a proferir con ternura infinita:

- *¡Lugentes campi, Luciano de mi alma! ¡Lugentes campi...!*

No bien remató la frase, miró al barranco, luego a la montaña... y de pronto quedó como difunto: tal fue la palidez que le invadió el rostro. Llamó entonces a sus amigos, y con la emoción y el acento de un ser inspirado, les habló así:

- **Don Clímaco... señor Manuel... ¿ven ustedes que hermosura? ¿Ven la sierra, los árboles, los caminos, el poblado, todo, todo cubierto de nieve...? Pues esa vestidura inmaculada retrata la pureza de nuestras conciencias, que buscan el bien del pueblo; la inocencia de nuestros niños, a quienes mi Luciano instruía y educaba; la honradez de nuestras sencillas y recatadas mujeres; la gloria, en fin, de los hijos de Iberuela, que bajo este hermoso pedazo de cielo, y al calor de nuestra serenas y queridas tradiciones, han mamado con la leche el amor al trabajo y a la virtud! ¿Porque todas estas cosas son pureza, nieves encantadoras, que se engendran y se hilan en regiones elevadas, para vestir luego de hermosura la tierra! ¿No es eso...? Pues ahora miren ustedes allí... ¡Aquello va matándolo todo!**

Don **Juan Clímaco** y el señor **Manuel** miraron hacia donde señalaba el índice de don **Serafín**, y vieron caminar pendiente arriba de la montaña blanquísima, deslumbradora, un caballo negro, con un jinete negro también: pues negras llevaba las botas fuertes; negra la gorra de ante; negro el amplio capote de barragán.

Era el cacique.

Antolín Carrejo, que iba a la ciudad con las pruebas concluyentes de la inculpabilidad de **Lucas**, y las no menos claras de una intentona de sedición.

- o - O - o -